

El lugar de la comunidad local en el horizonte político de Gino Germani

Pablo Roffe

UNQ/ CONICET

pbloroffe@gmail.com

Introducción

La publicación de “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, en 1956, trajo a la luz un análisis de lo que su autor, Gino Germani, entendía como un “movimiento ‘nacional popular’ típico” (Germani, 2006: 201), a saber: el peronismo. Dedicado a distinguirlo de otros fenómenos con los que se solía identificar –en especial, el fascismo italiano y el nazismo alemán-, este ensayo resultó de crucial importancia debido a que inauguró un debate al interior del incipiente campo de las ciencias sociales locales sobre un aspecto central de la realidad del país.

La consagración como disparador de tan relevante discusión y, por ende, ineludible interlocutor quizás explique el hecho de que se haya perdido de vista sus dos primeros apartados, destinados a proporcionar un diagnóstico de la problemática central de la época y explicitar las condiciones de una adecuada incorporación de los sectores populares al sistema de gobierno democrático.

Germani partía de constatar que corrían tiempos de crisis. La misma derivaba del proceso de transición hacia la configuración de un orden social moderno por el que atravesaba el mundo occidental. Semejante proceso presentaba un aspecto material, consistente en el desarrollo de la división del trabajo, que generaba una diferenciación entre los individuos conforme los ubicaba en funciones cada vez más especializadas. Surgía de aquí un nuevo tipo de lazo social que vinculaba personas desemejantes.

La consolidación del flamante modo de relación ameritaba un cambio en los contenidos de la conciencia colectiva por el que los valores tradicionales, que prescribían la realización de una acción específica frente a una situación determinada, cedían el paso a los esquemas racionales, que llevaban a los sujetos a consentir con otros a partir de una decisión consciente. En ese sentido, el pasaje hacia la sociedad moderna también involucraba una faceta normativa. Por lo demás, el sociólogo detectaba una última dimensión, la psicosocial, que concernía a la interiorización de los mencionados valores bajo la forma de hábitos individuales.

Germani advertía que las alteraciones en los tres niveles adoptaban distintas velocidades, lo que redundaba con frecuencia en la carencia de las actitudes necesarias para desenvolverse en las circunstancias emergentes. En dicha asimetría residía, pues, la crisis. Esto no significaba, sin embargo, que ella debía ser asumida necesariamente con pesimismo:

“La crisis que vivimos es parte del desarrollo de un proceso más amplio por el cual se va afirmando la personalidad humana y extendiendo su libertad, un proceso que significa elevar el poder de su razón frente a la aceptación irreflexiva de los dictados de la tradición y del pasado. Al comienzo, esta libertad sólo fue el patrimonio de élites. El hecho nuevo, a que asistimos ahora, es que ella se extiende a la gran mayoría, al hombre común, y esto representa un progreso magnífico. Mas al mismo tiempo significa un grave peligro, pues para que esa libertad pueda ser efectivamente ejercida, es necesario contar con las condiciones objetivas y subjetivas adecuadas, y tales condiciones en la actualidad no existen, o se hallan insuficientemente desarrolladas” (Germani, 2006: 202-203).

Quedaba, así, perfilada la problemática epocal. De acuerdo con Germani, la crisis resultaba total, por cuanto se manifestaba en todos los órdenes. En “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, colocaba el foco en sus encarnaciones dentro de la esfera política. En vistas a analizarlas, enfatizaba uno de los componentes de la transición, a saber: la industrialización.

Ella constituyó un aliciente eficaz de la división del trabajo. Sin dudas, un proceso semejante produjo profundas modificaciones en la estructura social de las naciones insertas en el sendero hacia la adquisición de las notas propias de un orden social moderno. Ante todo, desató un inusitado crecimiento demográfico. A su vez, alteró la composición de los grupos que la conformaban. Ciertamente, mientras las clases populares asistieron a la transformación de buena parte de sus miembros en obreros, los sectores medios vieron nacer ocupaciones vinculadas tanto con el Estado como con la rama de actividad terciaria.

Tales cambios tuvieron repercusiones en el ámbito político. La irrupción de las masas tornaba inevitable, en adelante, contar con ellas a la hora de gobernar. Se imponía, pues, el siguiente interrogante: cómo integrarlas en la vida institucional sin caer en el abismo del totalitarismo. La respuesta se desprendía con facilidad de la concepción germaniana de la transición y la crisis. En efecto, la clave residía en la

extensión de las actitudes necesarias para llevar a cabo el acto democrático por excelencia, a saber: el voto. Por lo demás, dichas actitudes no consistían sino en aquellas que propiciaban la realización de decisiones racionales, es decir, acordes con los intereses personales.

La expansión de hábitos adecuados se topaba, sin embargo, con un escollo suscitado por la especialización de las funciones en el interior de la esfera política, que destinaba la ejecución de las actividades contenidas en ésta a una minoría “casi profesional” (Germani, 2006: 204). Se generaba, así, una escisión entre masa y dirigentes que hacía aparecer la participación reservada a aquélla como insignificante. En consecuencia, de lo que se trataba no era sólo de diseminar las referidas actitudes sino de que el hombre común percibiera la crucial relevancia encerrada en tan acotado margen de intervención.

Desde la perspectiva del sociólogo, la convicción de la importancia fundamental de la emisión esporádica de un voto basado en un acopio reflexivo de la información se adosaba con fuerza a las conciencias individuales siempre que se arraigara en una experiencia concreta del ejercicio de los derechos ciudadanos. Vedado el acceso al ámbito de la alta política para la mayoría de las personas, la mencionada vivencia debía tener lugar allí donde transcurriera la vida de ella.

Según Germani, la *comunidad local* se perfilaba como un terreno que reunía tal condición. Más aún, sus estrechos límites favorecían el cometido de que sus habitantes tomaran a su cargo la definición de los problemas que la acechaban y la elaboración de soluciones a los mismos. A sus ojos, una práctica de esta naturaleza, además de fomentar la realización de elecciones racionales, garantizaba la difusión entre los pobladores de los sentimientos de la libertad y la responsabilidad, por cuanto depositaba en sus manos la determinación del propio porvenir y el de los vecinos. Dichos sentimientos traían consigo una vivencia de la centralidad del individuo en el grupo, que resultaba imprescindible para efectuar con seriedad el voto a escala nacional. En ese sentido, la comunidad local asumía los contornos de una genuina escuela de la democracia.

De suerte que el sociólogo italiano recomendaba encarar las dificultades introducidas por la transición en el orden político a través de la reconstrucción de semejante ámbito. Con fines ilustrativos, aludía en una nota al pie a algunos avances hechos en tamaña materia:

“La experiencia de la participación popular en la planificación del valle del Tennessee es uno de los ejemplos clásicos de lo que puede realizarse en este campo, incluso dentro de los requerimientos de la coordinación y organización impuesta por la técnica y la economía de nuestro tiempo. (...) Otro ejemplo de gran interés (aunque por supuesto nada más que un ejemplo) son los planes de la Unesco sobre educación fundamental. Señalemos aquí la importante experiencia que los estudiantes primero, y ahora el Departamento de Extensión Universitaria de Buenos Aires están realizando en sus centros pilotos de educación fundamental” (Germani, 2006: 205).

Pues bien, la presente ponencia se propone llevar adelante una indagación de los procesos de la Autoridad del Valle del Tennesse (TVA) y el Departamento de Extensión Universitaria (DEU), con la expectativa de que tal abordaje permitirá precisar un poco más el significado que, según el autor italiano, admitía el vínculo entre comunidad local y democracia. De esa manera, aspira a rescatar un aspecto que la mayoría de los análisis de “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, en su afán de comprender la visión germaniana del peronismo, dejó a un costado, a saber: el horizonte de las aspiraciones políticas que guiaron el esfuerzo intelectual del sociólogo.

En vistas a satisfacer el objetivo planteado, efectuará una lectura crítica de la obra de Lilienthal *T.V.A. Democracy on the march*, así como también del primer documento de la institución perteneciente a la Universidad de Buenos Aires, dedicado a presentar un balance de su primer año de existencia. Mientras que la elección de aquélla se debe a que Germani mismo la mencionaba en su nota al pie, la de éste se funda en que mostraba a las claras las bases de la actividad de extensión proyectada.

Educación, conocimiento científico y democracia

De acuerdo con Lilienthal, la promulgación de la ley de creación de la TVA, el 18 de mayo de 1933, respondió al propósito ético de promover el beneficio de todos los habitantes de la región seleccionada. La concreción de dicho propósito involucraba el logro simultáneo de dos metas. La primera trascendía la mera supervivencia física de los residentes para incluir su bienestar material. Así definida, suponía una intervención sobre la naturaleza consagrada a extraer de ella la mayor utilidad posible. La segunda, por su parte, consistía en la afirmación espiritual de cada uno de los integrantes de la referida población. La misma implicaba el fortalecimiento entre éstos del sentimiento de la propia importancia en la determinación de sus destinos, a través de la preparación de

un terreno favorable a la participación popular en la orientación del desarrollo de los recursos naturales.

Fundado en el famoso *dictum* de Francis Bacon, Lilienthal sostenía que el dominio de la naturaleza, ineludible en la consecución del primero de los cometidos mencionados en el párrafo anterior, requería de la obediencia a su nota esencial. Semejante sujeción inicial quedaba asegurada por medio de una profunda comprensión de aquella. Ese saber develaba la existencia de una íntima conexión entre el agua, la tierra, los bosques, los minerales y el hombre.

El conocimiento de la unidad de tales elementos, que autorizaba al escritor estadounidense a caracterizar la naturaleza como una “tela sin costura” (Lilienthal, 1967: 95), tornaba indispensable un abordaje global de ésta. A su vez, obligaba a prestar especial atención a la conservación de los mismos, habida cuenta de que el agotamiento de cualquiera de ellos tendría consecuencias negativas en la totalidad. De modo que el sometimiento de la naturaleza a los designios humanos resultaba infructuoso si no respetaba su armonía intrínseca ni contemplaba su renovación.

Lilienthal arribaba, así, al principio de que el manejo de los recursos debía ser integral. A sus ojos, la mejor forma de realizar este postulado radicaba en la supeditación del aludido manejo a una única entidad. Una afirmación semejante comportaba, por lo demás, una crítica al tratamiento fragmentado de la naturaleza que el gobierno federal efectuaba en la mayoría de las regiones mediante acciones descoordinadas procedentes de numerosas reparticiones.

Pues bien, el corolario de lo expresado aquí se desprendía sin dificultad: la TVA, en tanto unidad administrativa, constituía el mecanismo más adecuado para llevar a la práctica el principio arriba formulado. La elucidación de un andamiaje institucional propicio no agotaba, sin embargo, los problemas derivados de un desarrollo articulado de los recursos. Un obstáculo de gran importancia surgía, en efecto, de la dinámica inherente a otra de las piezas claves del mismo, a saber: la ciencia moderna. Su creciente especialización en disciplinas y subdisciplinas, lejos de redundar en un conocimiento global de la naturaleza, tan necesario a esta manera integral de intervenir sobre ella, se traducía en la proliferación de visiones parciales. Lilienthal divisaba la dilución de tal desajuste en un cambio de mentalidad por parte de los expertos, consistente en la adopción de un enfoque amplio que proyectara la región del valle como un todo.

El recurso a la ciencia moderna se topaba con un escollo adicional: el de la distancia existente entre los ámbitos de producción del conocimiento y las zonas de aplicación del mismo. Dicha brecha afectaba la eficiencia de la labor. Ciertamente, entorpecía la correcta apreciación de las problemáticas específicas que brotaban de las características particulares del área seleccionada.

Según el autor estadounidense, la solución a semejante escollo concernía, en buena medida, a los portadores del saber científico: los expertos debían no sólo trabajar en la región sino también residir allí. Desde su perspectiva, la inmersión permanente en las condiciones de vida locales suscitaba en el pueblo la confianza de que ellos tendrían un compromiso genuino en el mejoramiento de aquéllas. Pero la razón principal de la mencionada solución estribaba en que la cercanía abría las puertas a una educación recíproca entre ambos grupos. La proximidad facilitaba, de un lado, que el pueblo señalara a los técnicos los inconvenientes que pretendía eliminar. La comprensión de los mismos resultaba crucial a la hora de adaptar las herramientas construidas en los laboratorios. Del otro, favorecía que éstos instruyeran a aquél acerca de las alternativas con las que contaba para concretar su voluntad. En dicha solución, por lo demás, la TVA asumía la tarea de garantizar que una vecindad promisorio deviniera en un contacto efectivo, a través de la generación de espacios de encuentro.

Al respecto, Lilienthal proporcionaba el siguiente ejemplo. En varias localidades del valle, la problemática del empobrecimiento del suelo acercó a agricultores y administradores de la aludida corporación pública. Las reuniones acontecidas en los distintos lugares sirvieron para resolver la elección, entre los primeros, de un conjunto de individuos dispuestos a aplicar en sus propias tierras los procedimientos modernos de cultivo que los expertos consideraran pertinentes. El carácter experimental de tal empleo, que en modo alguno aseguraba la producción de resultados positivos, fundó la clasificación de estas tierras como establecimientos agrícolas de prueba y demostración.

Dichas parcelas constituían una fiel ilustración de aquellos espacios de encuentro que propiciaban el desarrollo de la referida educación recíproca. En efecto, allí los técnicos comprendían las necesidades del pueblo, al tiempo que conocían las virtudes y deficiencias presentadas por sus herramientas ya no en el ámbito ideal del laboratorio sino en condiciones reales. Asimismo, los agricultores aprendían métodos útiles para enfrentar los inconvenientes aparecidos en su labor. No era casual, por tanto, que el autor estadounidense concibiera los establecimientos de prueba y demostración como “aulas del valle” (Lilienthal, 1967: 119).

Por cierto, el hecho de que la aplicación de los procedimientos modernos de cultivo quedara en manos de los agricultores escogidos alejaba cualquier identificación de su educación con un mero acatamiento de órdenes impartidas por los expertos. El aprendizaje genuino ocurría en las experiencias realizadas por aquéllos, así como también en la observación y adaptación de las mismas, efectuadas por sus vecinos. Lilienthal creía que sólo de esta manera la ciencia sería devuelta a su verdadero dueño, a saber: el hombre común.

Un asesoramiento técnico de tal índole contribuía al desarrollo de la democracia en la región. En efecto, promovía la participación popular, tanto en la orientación de la planificación del tratamiento de los recursos naturales –vale decir: la determinación de los problemas y necesidades a los que debía dirigirse-, como en su ejecución. En este último aspecto, la adquisición de conocimientos por parte de los habitantes, derivada de la referida educación, ampliaba el abanico de caminos a seguir, lo que confería solidez al mecanismo democrático de la elección.

Así concebida, la participación popular garantizaba la satisfacción del segundo de los objetivos de la TVA comentados al comienzo del presente apartado: la afirmación espiritual de los residentes del valle, tan difícil de alcanzar en una época en que las enormes fábricas y la estandarización subrayaban la pequeñez individual:

“La finalidad del desarrollo de los recursos debe ser algo más que el mero bienestar físico del mayor número de seres humanos. Es cierto que no podemos padecer hambre y frío, y sentirnos felices. Pero la abundancia de alimento, la satisfacción de las elementales necesidades físicas, no es suficiente. Un hombre necesita sentir que es importante. Necesita ser capaz, no solamente de expresar libremente sus opiniones, sino que debe saber que tiene alguna gravitación; debe saber que hay algunas cosas que él decide, o que tiene una parte en la decisión, y que es una parte necesaria y útil de algo mucho más grande de lo que es él” (Lilienthal, 1967: 114-115).

En suma, la fórmula “para el pueblo y por el pueblo” (Lilienthal, 1967: 114) condensaba la enseñanza de mayor relevancia que podía extraerse de las experiencias llevadas a cabo en los distintos establecimientos agrícolas de prueba y demostración. Dicha enseñanza pronto sería aplicada en casi todos los ámbitos de la vida, mediante la creación de diversas cooperativas.

Las bases del desarrollo comunitario en un área obrera del Gran Buenos Aires

El balance del primer año de actuación del DEU se iniciaba con la explicitación del diagnóstico que había conducido a su instauración en 1956. El mismo denunciaba dos vicios en el ámbito de la enseñanza superior. Ante todo, el acceso a él se hallaba *de hecho* restringido a los sectores privilegiados del país. La parcialidad de su composición social limitaba, a su vez, la labor investigativa universitaria a la búsqueda de soluciones a los problemas propios de tales estratos. Ambos defectos atentaban, por cierto, contra la naturaleza pública del mencionado ámbito, que compelía a destinar sus esfuerzos al beneficio del conjunto de los habitantes de la nación sobre la base de que era mantenido, precisamente, por todos ellos.

Frente a un panorama semejante, tomaba carácter urgente la materialización del lema corriente que abogaba por “la Universidad para el pueblo” (DEU, 1957: 3). La conformación del DEU constituyó, pues, la respuesta institucional a esta acuciante necesidad. En efecto, su objetivo principal consistió en integrar la alta casa de estudios con su contorno social. La articulación así proyectada implicaba, por un lado, la promoción del acceso a ella de los sectores sociales hasta entonces desplazados; por el otro, la reorientación de la investigación universitaria hacia los problemas reales del país. Este último aspecto requería de un cambio de actitud profesional y humana por parte de estudiantes, profesores y egresados.

En vistas a efectuar las dos operaciones, el DEU organizó el Centro de Desarrollo Integral en Isla Maciel, un barrio popular ubicado en el partido de Avellaneda, que incluía una zona de “villa miseria”. Se trataba de una planta piloto destinada a favorecer el “progreso social” de la comunidad mediante la aplicación de un sistema de enseñanza y aprendizaje que recibía el nombre de “educación fundamental” (DEU, 1957: 8).

Dicho método reposaba sobre dos pilares: el asesoramiento técnico de la población acerca de la solución a sus inconvenientes básicos de salud, vivienda, economía, instrucción, recreación, entre otros; y la iniciativa espontánea y el trabajo directo de ella en el mejoramiento de sus condiciones. Mientras que la formulación del primero apuntaba a extraer el conocimiento científico de los estériles espacios académicos, la postulación del segundo aspiraba a evitar el fomento del paternalismo y las correlativas actitudes pasivas y receptoras del pueblo.

En ese sentido, la educación fundamental involucraba la participación de los vecinos no sólo en la elucidación de las dificultades a encarar sino también en la

delineación de los modos de combatirlas. De tal suerte, adosaba al desarrollo material una meta cultural consistente en la formación de miembros capaces de concertar y ejecutar una acción en común destinada a transformar las propias circunstancias.

Conclusión

La obra de Lilienthal y el documento del DEU contenían dos modos de encarar el desarrollo de una comunidad local que guardaban similitudes entre sí. Ambos coincidían en asignar a la educación un papel central en dicha tarea. Lejos de pretender identificarla con una relación asimétrica en la que los expertos imponían al pueblo lo que éste debía hacer, los respectivos autores de los textos analizados buscaban asociarla a una práctica por medio de la cual la población tomaba a su cargo la definición del problema que quería eliminar, la determinación de la forma de enfrentarlo y la ejecución de la solución escogida. Quedaba reservada a los técnicos la función de mostrar los distintos caminos que el conocimiento científico había abierto para sortear el obstáculo planteado.

La escala reducida de la comunidad, que favorecía el contacto directo de sus integrantes con los asuntos atinentes a su dinámica, habilitaba el despliegue de una educación de tal índole. El resultado de ésta, por lo demás, excedía el mejoramiento material de aquélla. Ciertamente, en la medida en que colocaba en las manos de los residentes la decisión acerca de los fines a seguir y los medios de alcanzarlos, despertaba en cada uno de ellos los sentimientos de la libertad y la responsabilidad. Así, tornaba patente la importancia individual en la consecución de un propósito común.

Pues bien, lo expuesto hasta aquí quizás posibilite echar algo de luz sobre el significado que Germani atribuía al vínculo entre comunidad local y democracia. El ejercicio de la ciudadanía plena al interior de la estrecha esfera configurada en torno de la primera, que lograba su manifestación más clara en el acto de elegir, permitía a los miembros del pueblo experimentarse como dueños de la mayoría de los aspectos concernientes a su existencia concreta. No resultaba casual, por tanto, que una vivencia semejante provocara su adhesión a un sistema de gobierno fundado, precisamente, en la emisión consciente del voto, al tiempo que los preparara para llevar a cabo tal comportamiento político. La comunidad local sentaba, en consecuencia, un suelo firme para el establecimiento de la democracia, por cuanto constituía un ámbito predilecto de enseñanza de la teoría y la práctica de la misma:

“La experiencia de la democracia (...) debe empezar desde las actividades que tocan de manera inmediata y directa la vida del hombre común. Sólo así éste podrá sentir como vivencia (y no meramente como una bella frase escuchada en discursos) el significado de su participación en la política, y la importancia que para su vida posee tal participación aunque en apariencia se trate tan sólo de aislados contactos con una realidad abstracta y lejana” (Germani, 2006: 207).

Bibliografía

Blanco, Alejandro (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Brusilovsky, Silvia (1998). Recuperando una experiencia de democratización institucional y social: la extensión universitaria en la universidad de Buenos Aires (1956-66), *Revista de Investigaciones del Instituto de Ciencias de la Educación*, 12, 31-41.

Departamento de Extensión Universitaria (1957). *1956-1957. Un año de Extensión Universitaria*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.

Germani, Gino (2006). La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo. En Blanco, Alejandro (comp.), *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, pp. 201-221.

Lilienthal, David E. (1967). *El valle del Tennessee. La obra de un pueblo*. Buenos Aires: Editorial Hobbs-Sudamericana.